

San José, Costa Rica

— 25 de Octubre de 1912 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 44

El Tiempo

El tiempo es un tesoro generalmente perdido en el atavismo, la inconsciencia y la rutina y, como natural consecuencia, en el error, el mal y el sufrimiento.

La verdad, la belleza y su consecuencia el bien se van concibiendo, conociendo y generalizando por individuos excepcionales que, por un extraordinario funcionamiento de su inteligencia y de su sentimiento, entre los millones que componen cada generación y desperdician el tiempo, lo aprovechan debidamente, y cuyas concepciones se agrupan, se metodizan y se aplican después formando ese conjunto que se divide entre la ciencia y el arte.

Por efecto de la inconsciencia y de la ignorancia, que la sociedad humana refleja en lo que de incongruente, injusto y malo se halla todavía en su constitución, existen las dos clases primordiales de privilegiados y desheredados, y, como resultado del lento pero seguro avance de la ciencia y del arte a través del tiempo, se va formando una consciencia y una fuerza reorganizadora que tiende a ordenar la agrupación de los hombres de una manera racional, útil y equitativa.

A la clase de los desheredados han pertenecido siempre los trabajadores, y a ella pertenecerán mientras existan privilegios y privilegiados, hasta que llegue el tiempo en que por su propio esfuerzo individual y volitivo, traducido en acción libertadora y libertaria, es decir, en fuerza destructiva y cons-

tructiva, rompan sus cadenas y establezcan la libertad sobre la firmísima base de la igualdad social.

Desde el punto de vista de nuestras reivindicaciones, el tiempo interesa muy particularmente a los trabajadores.

Con un pasado vil, como supuesto castigo impuesto por imaginaria divinidad a los humildes para justificar inicuos privilegios disfrutados por los soberbios, y un presente penosísimo, como legado de pasados errores y de infames malicias, en lo futuro, en la vida que tenemos delante hemos de hallar reparación, anticipándonos racional y científicamente a su preparación, y mucho tendremos adelantado si sabemos y podemos acomodar nuestro modo de vivir a las condiciones de nuestro ser y a las del conjunto que nos rodea.

No lamentos inútiles, no odios vengativos, no declamaciones demagógicas, sino conocimientos positivos y soluciones meditadas y prácticas, sostenidas con constancia y ejecutadas con prudencia, han de constituir la norma de nuestra acción colectiva y solidaria; porque el lamento, expresión sencilla y primitiva del dolor, si en las relaciones individuales puede inspirar lástima y obtener ayuda compasiva, no ejerce acción social justiciera ni reparadora; el odio, pasión deprimente y desniveladora del juicio, envuelve castigo y nueva culpa, con lo que se prolonga el mal inútilmente lamentado; la demagogia, mezcla inco-